



Peregrinos de la esperanza

Este es el tema elegido por el Papa Francisco para el Jubileo de 2025. Lo indicamos como tema para 2024, año en el que nos preparamos a celebrar el Jubileo y nos disponemos a celebrar el XVI Capítulo General. **Peregrinos de la esperanza** es, en efecto, la condición perenne de toda persona; es aún más, es la condición de todo cristiano y de todo migrante.

El peregrinar ha sido siempre una gran metáfora de la vida humana. Representado por el arte de mil formas, hoy especialmente con las películas de ciencia ficción (espacio, la última frontera), quizá haya recibido su máxima expresión en las aventuras de Odiseo. Obsesionado por volver a casa, Odiseo debe pasar primero por la transformación que tiene lugar en un viaje que es a la vez un viaje hacia lo desconocido y un viaje hacia el interior de sí mismo. La vida es ante todo una peregrinación porque es una búsqueda. Dante Alighieri retoma el mismo tema cuando emprende su viaje tras perderse. Reconoce que Odiseo ha comprendido lo que diferencia a los humanos de todos los demás seres, a saber, *“seguir la virtud y el conocimiento”*, pero la búsqueda humana sin la guía de la fe sigue siendo una “huida alucinada”.

La peregrinación es también una constante en la Sagrada Escritura, empezando por Abraham, llamado por Dios a ser bendición de las naciones, pero como extranjero. De hecho, es sacado de su tierra y puesto en la condición de sin tierra para encontrarse continuamente en situación de búsqueda. E incluso cuando la búsqueda se cumple con la entrada en la tierra prometida, la condición de errante permanece. Pedro, en efecto, escribe a los cristianos dispersos por Asia que no están llamados a construir ciudades propias, sino a ser, en su peregrinación, piedras vivas de un edificio espiritual. De extranjeros y peregrinos, han pasado a ser el pueblo de Dios.

Se trata de aspectos antropológicos y teológicos que también fueron recogidos por San Juan Pablo II, cuando escribió que *“la peregrinación es una experiencia fundamental y fundante de la condición del creyente, ‘homo viator’, hombre en camino hacia la Fuente de todo bien y hacia su plenitud. Al poner en camino todo su ser, su cuerpo, su corazón y su inteligencia, el hombre se descubre “buscador de Dios y peregrino de lo Eterno”. Se desarraiga de sí mismo para pasar a Dios”*. Benedicto XVI también retoma el tema del viaje y lo hace en su encíclica sobre la esperanza. *“La vida humana es un viaje. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontrar el camino? La vida es como un viaje en el mar de la historia, a menudo oscuro y tempestuoso, un viaje en el que indagamos a los astros que nos indican el camino. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que supieron vivir rectamente”*.

Nuestro viaje se desarrolla en el mar de la historia moderna y no es un mar sereno y calmo. Sin embargo, debemos resistir la tentación de pensar que antaño era mejor. Precisamente en su carta pastoral sobre el jubileo de comienzos del siglo XX, hace tantos años, Scalabrini describía así su tiempo: *“El mundo gime bajo el peso de grandes calamidades y las enfermedades mortales*

minan la vida y los bronces de la guerra vomitan muerte y las iniquidades de los hombres claman sin cesar por la justicia divina...". Parece estar hablando de nuestros días. Pero también debemos resistir la tentación de pensar que siempre será así y dejarnos atrapar por la indiferencia y encerrarnos en nuestro pequeño mundo privado.

Nos lo piden los migrantes, que más que nadie experimenta al peregrinar de un país a otros movidos por la esperanza. Y no es, como nos recordaba recientemente el Papa Francisco, "*un dulce peregrinar en comunión; a menudo es un drama*". También ésta es una tentación que resistir, la de poetizar la migración con representaciones edulcoradas. Al mismo tiempo, llamados por vocación a su lado, es nuestro deber escuchar a los migrantes, sus aspiraciones, sus sufrimientos, sus consuelos, y ayudarles a dar razones de la esperanza que hay en ellos. Es fácil contentarse, incluso para los migrantes: contentarse con haber cruzado una frontera, con haber encontrado un trabajo, con haber enviado dinero a casa. Pero la esperanza que les impulsó sigue siendo la esperanza de algo más, y debemos ser capaces de señalar el más. También los migrantes tienen derecho a ser "*buscadores de Dios y peregrinos del Eterno*".

¿Cómo podemos vivir el próximo año como peregrinos de la esperanza? La primera indicación nos llega del Papa Francisco. "*En este tiempo de preparación, desde ahora me alegra pensar que podemos dedicar el año que precede al acontecimiento jubilar, 2024, a una gran 'sinfonía' de oración. En primer lugar, para recuperar el deseo de estar en presencia del Señor, para escucharle y adorarlo. Oración, además, para agradecer a Dios los muchos dones de su amor por nosotros... Oración como camino de santidad, que lleva a vivir la contemplación también en medio de la acción. En definitiva, un año intenso de oración, en el que los corazones se abren para recibir la abundancia de la gracia*". La palabra sinfonía se refiere a la armonía de muchos instrumentos, voces, momentos. La misión nos ha colocado en contextos en los que podemos contribuir a la sinfonía de la oración dando aliento a las diversas tradiciones.

Una segunda forma de vivir como peregrinos de la esperanza es apoyar la esperanza de los migrantes. Ya lo hacemos en las diversas actividades en las que participamos en nuestras misiones. Pensemos en algo concreto y útil. Por ejemplo, articulando el tema de la esperanza en la formación, la catequesis, la celebración; interviniendo, también con los laicos, en iniciativas de defensa y apoyo; promoviendo a nivel de región/provincia la apertura de una misión o actividad que sea particularmente significativa.

Y luego, comprometámonos a participar activamente en la preparación del Capítulo General. Se trata de un momento importante para la congregación, que traza el camino para los próximos años. Será tanto más eficaz cuanto más exprese la visión que emerge desde abajo, las exigencias que se perciben allí donde la esperanza de los migrantes se encuentra con la fe de los que han conocido a Cristo, esperanza de las naciones. Si surgiera la duda de que trabajamos en vano, de que esperamos en vano, recordemos que Scalabrini recomendaba: "*esperemos sin cansarnos*".

Los migrantes se ponen en marcha porque la migración "*abre los caminos floridos de la esperanza*". Por desgracia, tantas veces la esperanza ha dado paso a la desesperación. Nosotros, que estamos como ellos en camino, hagamos el viaje juntos, porque la esperanza se hace más grande cuando es esperanza compartida, sin tomar otros caminos, seguros, como enseña san Juan Pablo II, de que "*¡las cosas sencillas se aprenden mejor en la experiencia del camino que en los libros!*".

P. Leonir Chiarello, cs
Superior General